

DESDE EL FONDO

NATALIA BONANATA

Horacio Varoli



—Pregúntale a Kevin si cuando se cagó no le hice comer la mierda con la cuchara —le dijo su hermana con tono desafiante, sin remordimientos.

Natalia quedó en absoluto silencio, muda. No pudo contestarle nada. Sintió un nudo apretado en la garganta y se largó a llorar. “No supe qué decirle”. Su propia hermana había castigado a su hijo mayor por hacerse caca encima; el niño no podía soportar la angustia de no estar con su madre, consumidora de pasta base.

Su situación había tocado fondo, definitivamente. “No podía creerlo.” La confesión de su hermana, la imagen que recreaba en su mente de su hijo con las heces en la boca, le confirmaron que ni siquiera su familia le garantizaba contención ante su descontrol. “No podía permitir que por un poco de droga mis hijos sufrieran.”

Al mismo tiempo, el riesgo de perderlos crecía. Decidió internarse.

Natalia cuenta ese episodio con la misma bronca y con llanto, como aquel día. Hasta repite los mismos silencios de aquella vez; es una mujer de pocas palabras que no abunda en adjetivos.

Se sienta en una mesa redonda en la cocina de Repique, un proyecto educativo situado en el barrio Colón, al que llegó por recomendación de un asistente social para que sus hijos no estén tanto tiempo en la calle, y ella intente reencausar su vida.

En Repique, a Natalia la señalan como un ejemplo de supe-

ración. En ese lugar ella es la mejor versión de sí misma. Dos veces por semana acompaña a cuatro de sus seis hijos a los talleres de gimnasia y de cocina después de la escuela. Son cinco varones y una niña. Kevin, el mayor, ahora tiene 11 años. Él y otros tres viven con ella; otro vive con su madre; y el más chico de todos fue dado en adopción. “Nació con problemas por causa de la droga”, dice. Es que Natalia consumió pasta base estando embarazada, como si no tuviera a nadie en su vientre. “Un problemita por la sustancia”, aclara, pero no sabe qué es lo que tiene.

Los hijos de Natalia tienen el mismo padre, Manuel. Él es el gran amor de su vida, pero también el hombre que le mostró la puerta de entrada al infierno de la pasta base. Ese viaje que dura unos segundos, pero que genera una severa adicción.

Conoció a Manuel en la cárcel, en los horarios de visita. Era apenas una “gurisa”, de menos de 20 años, que acompañaba a su hermana a ver a su cuñado, preso por hurto. Era el lugar menos propicio para enamorarse. Sin embargo, hubo algo en Manuel que captó la atención de Natalia. No sabe qué fue, pero tampoco se esfuerza por explicarlo. Simplemente sucedió. Natalia arriesga que pudo ser la forma de vestir de Manuel, o su forma de andar. O su forma de ser.

Natalia lo esperó. Cuando él salió de la cárcel, empezaron a verse fuera de esa escenografía gris y asfixiante de las rejas y los guardias. Se veían en la calle. Natalia cuenta que se cruzaban cuando ella hacía tareas de barrido programadas por el MIDES. Se pusieron de novios. “Él me gustó.”

Con Manuel conoció en profundidad un submundo marginal que sabía que existía, pero en el que nunca había estado. Conoció las drogas, las bocas de venta, los robos, la explotación sexual... la violencia. “Él no es malo, es bueno. El único problema que él tiene es que es débil para la droga”, lo justifica.

Éste fue el primer volantazo en la vida de Natalia.

Para que Manuel no volviera a caer preso, Natalia deci-

dió trabajar en la calle. Prostituirse. “Capaz que yo salí a la calle por el amor que le tenía a él.” Era una forma de conseguir dinero rápido para bancar el vicio. Subsistir y comprar pasta base, y de paso cuidarle el pellejo a su pareja. “Puede ser que me arrepienta, pero fui yo la que decidió salir a la calle. No me lo pidió él.”

Manuel tampoco la frenó. Ni siquiera cuando ella estuvo embarazada.

Natalia esperaba los clientes en las esquinas de la calle Carlos A. López, en Colón. En más de una ocasión la pasó mal. Una vez mantuvo relaciones con un hombre que, al terminar, le exigió que le devuelva el dinero.

—Cómo te voy a dar la plata si tuvimos relaciones —le explicó como si fuera necesario.

“No se la quise dar. El tipo me ahorcaba y no me dejaba respirar. Yo estaba embarazada. No sé de dónde saqué fuerzas... Pero pude zafar y me fui corriendo.”

En ese tiempo en el que se prostituía, vivió otro episodio traumático. No tiene claros los detalles. Solo sabe que la encontraron en una zanja, tapada con hojas y con los pantalones bajos hasta las rodillas. No pudo ni puede precisar qué pasó para llegar a eso. “Yo fui a la casa de un muchacho, a hacer una limpieza”, cuenta. “Él no estaba, pero había una mujer y le pedí si podía darme un poquito de agua. Me dio una botella con jugo, y yo me lo fui tomando por el camino. Se ve que algo tenía el jugo...” Al menos eso supone ella. Es lo último que se acuerda antes de su imagen en la zanja. Una vecina del barrio la encontró. Llamaron a su hermana y la derivaron al hospital Saint Bois. “Sinceramente no me puedo acordar lo que pasó.”

“La calle está brava. Me han pegado, me han hecho muchas cosas.”

* * *

Natalia empezó a drogarse por pura curiosidad, como hacen los adolescentes pero con drogas más blandas. Quería saber qué era eso a lo que Manuel le dedicaba tanto tiempo, qué era lo que generaba. Otra vez tomó la iniciativa. “Yo le pedí para probar porque quería saber”, asume. “Por curiosa nomás... Cometí el error de pedir.”

Tenía unos “veintipocos” años. Cargó con su adicción durante casi una década. Unos diez años en los que alternó la droga con los embarazos. “Tenía al bebé, al nene chiquito, cuando empecé a drogarme por primera vez; y de ahí no paré”. En otros dos embarazos también se drogó. “Estaba embarazada y consumiendo”, admite.

Natalia y Manuel vivieron un año en Buenos Aires. Se radicaron en Trenque Lauquen, al noroeste de la provincia, a unos 500 kilómetros de La Plata. En ese lugar, Manuel tenía un hermano. A ese sitio habían llegado para escaparle al submundo montevideano. Cuando Natalia decidió armar el bolso y acompañarlo, hacía tres meses que estaba embarazada por primera vez. Manuel consiguió trabajo rápido, primero en una panadería, y después su hermano lo llevó a trabajar con él a una pollería. Kevin nació en Argentina. El problema fue que Manuel “no aguantó más las ganas de drogarse”, y un buen día resolvieron pegar la vuelta. Dejaron una casa amueblada en aquel lugar. Cuando llegaron a Montevideo se tomaron un taxi a Colón. Natalia fue directo a la casa de su madre, con Kevin que tenía apenas tres meses; Manuel se fue directo a la boca de droga.

Este regreso fue el detonante para Natalia. “Al poco tiempo empecé a drogarme yo.”

“La pasta base está en la cabeza de uno”, dice. “Son unos segundos”, cuenta sobre el efecto. “Gastás dinerales, platales, al pedo. Gasté mucha plata en droga.” Natalia y Manuel sobrevivieron juntos por años. Manuel vendió repasadores, hizo changas. Natalia dice que es bueno para la carpintería, y que

es capaz de arreglar “cualquier cosa”. “El problema es que no usa la cabeza, la usa para la droga.” Mientras tanto, Natalia pedía puerta a puerta. Dice que consiguió de todo: desde unos pocos pesos, hasta electrodomésticos. Volvieron a armarse su casa en Montevideo. Pero la pasta base siempre estaba a la vuelta de la esquina. Natalia asegura que nunca le faltó nada a sus hijos por culpa de la droga. Aseguraba una parte del dinero para ellos, y otra para el consumo.

Pero Natalia se fue consumiendo. A oídos de su madre llegaban cuentos de algunas vecinas sobre Natalia y la droga. “Era puro ojo y pelo”, dice, de lo delgada que estaba por comer poco y fumar mucho. Su hermana le decía que debía internarse, y los asistentes sociales que se cruzaron en su camino le advertían que podía perder la tenencia de sus hijos.

Ese fue el segundo volantazo. “Yo estaba muy metida y no quería nada, hasta que me llegó una citación, un cedulón, y me interné.”

Natalia se internó en Remar. La primera vez estuvo casi un año en una sede en Paysandú. Después se internó dos veces más. A esa altura ya tenía dos hijos y estaba embarazada del tercero. “Con ese embarazo fumé hasta los tres meses.” En ese tiempo sus dos hijos mayores vivían en la casa de su hermana, y no la pasaban bien. Según ella, sus sobrinos los “judeaban”, y su hermana también; no podía soportar que el mayor se hiciera caca encima.

Natalia decidió poner un punto y aparte. La última vez que se internó, a los tres días se internó Manuel. Cuando ella salió, lo encaró para cerrar la puerta que él le había abierto a la droga. “Él no quiso dejar de consumir; entonces, él va por su camino, y yo voy por el mío.”

Regresó a la casa de su hermana para retomar la vida con sus hijos. No sabe si ellos entienden lo que ella pasó, pero sí sabe que lo percibían. Asegura que nunca se drogó delante de ellos. “Antes los mirabas y estaban tristes; ahora no.” Natalia dice que hace dos años que no consume pasta base. “Antes no le daba importancia a eso. Estaba colgada, sólo quería fumar.”

Se mudó a una casa que se logra con subsidio de alquiler del Mvotma mientras espera su grupo en el Plan Juntos. Hace tareas de limpieza en domicilios particulares y se anotó en el programa de barrido de Uruguay Trabaja. En su casa no falta nada, salvo un calefón. Mientras tanto calienta agua en un tarro de pintura, que usa para bañarse. Tiene una rutina. En el proyecto Repique encontró apoyo. Natalia dice que no tiene amigas, sí algunas vecinas, y la familia que eligió es la del proyecto. “Son los que me escuchan y me dan consejos.”

Manuel la visita de tanto en tanto. A los niños les lleva regalos. Varias veces ha intentado dejar las drogas, y ha pasado hasta dos semanas sin consumir, pero recae. Natalia tiene una buena relación con él, a pesar de que ya no están juntos.

Kevin, el mayor de todos sus hijos, quiere ser cocinero. A Lautaro, el que le sigue, le encanta el fútbol. Es zurdo, y le pide que lo anote en un equipo. En las próximas vacaciones quiere llevarlos a todos al Parque Rodó, a comer una pizza y a tomar un helado. “Sé que cometí errores, si no dejaba de drogarme, mis hijos iban a hacer lo mismo que estaba haciendo yo. No quería eso para ellos. No sería bueno ver a tu hijo drogándose contigo.”